

Poemas del sur de mayo

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Tres sonetos de luto

I

Ha venido la noche en una herida
hacia la tierra austral en muerte y olas
y el sol amigo desprendió aureolas
en dirección al rostro de la vida.

¿Quién detiene la estrella sacudida
y el mar que mueve las comarcas solas
donde la soledad se abre en corolas
y el valle es una caña estremecida?

El niño llora y entregó el anciano
sus brazos a la muerte en monte y llano.
Cayó la casa que elevó el abuelo.

Y avizorando el sur están los ojos,
las manos tristes, los volcanes rojos
que dividen la cúpula del cielo.

II

Levante el rostro Chile ensangrentado
como una espada rota entre fulgores
y caigan sobre el duelo, llanto y flores
hacia el perfil del sur sacrificado.

¡Que venga el día azul sobre el arado,
la joya ruda de los labradores,
y que en esta vendimia de dolores
alce la Patria su perfil sagrado!

Que nuestras manos busquen la esperanza
mientras el mundo en su vaivén avanza
y nuestra tierra late en sus abejas.

Por todos los caminos van las hojas
aventando el rumor de las congojas
sobre el destello de las casas viejas.

I I I

Mas las altas virtudes teologales
buscan el pecho de los desvalidos
las manos en la cruz de los heridos
y el muerto sol que rompe sus cristales.

La patria está en sus Puntos Cardinales;
sangra hacia el mar en luces y latidos
y se reparte en panes y en los nidos
como en los claros tiempos patriarcales.

Busquemos el amor que es paz y cumbre
y en el gemido de la muchedumbre
alguien nos salve de la desventura.

Y que el sol al subir sobre las ruinas
traiga en el vuelo de las golondrinas
el arco iris de la luz futura.

JUVENCIO VALLE

Nuestra tierra se mueve

I

(Fragmento)

A media jornada de nuestros trabajos,
todavía sin comenzar la subida de la cuesta,
a pleno campo y por la espalda,
nos sobrevino el golpe mortal;
de un repentino tajo cayó nuestro paraíso,
rodó cercenada la razón de nuestro canto.

Tanto sueño obstinado sobre una misma rama,
tanta extremada reverencia en el amor,
tanta insistencia en la alabanza,
para que al fin, como una culminación,
sobre este madrigal despreocupado
irruñera avasalladora la vorágine.

Con todos sus himnos y aleluyas
esta guirnalda austral se nos ha vuelto humo,
como un árbol herido se desgajó la rama,
el gancho preferido,
el tembloroso pecíolo
desde donde cantamos como pájaros ebrios.

Medio Chile floral se nos precipita bajo el agua,
el incomparable Chile de la botánica desbordada,
el Chile que levantaba arcos de triunfo
y glorietas y pabellones,
el que invadía los caminos y los sobrepasaba
saltando sobre sus propios desbordes,
superando todos los límites.

Desde su cielo de copas que lo sustentaba
se nos ha caído violentamente al mar
el más bello pedazo de dulce patria,
y en esta ausencia sonora,
en este vacío que nos retumba,
que flor agitaremos a los ojos del mundo,
que haremos con este viejo orgullo
que sobra ya en nosotros,
sin ti, cuna amorosa,
que era el ramo que lo justificaba.

Náufragos a merced del oleaje,
rodeados de cielo y agua,
sin terraplén seguro donde asentar la planta,
sobrenadamos a la grupa de débiles maderos;
entre las aguas revueltas,
que hierven y se precipitan,
alargamos el cuello como un junco,
hacemos desesperadas señas
con nuestra túnica mojada.

Ay ¿y qué se ha hecho, entretanto,
nuestro largo diálogo con el paisaje,
esa minuciosa filigrana
que parecía cuento de nunca acabar,
ese infinito parlamento de oreja a oreja
que creíamos sería eterno
y que no alcanzó a llegar siguiera al mediodía?

Los ojos constreñidos a media patria,
reducidos a esta mínima pasarela,
sin apoyo seguro;
los pies cortados sobre el puente,
desangrándonos en el aire,
miramos inútilmente hacia el insondable vacío,
hacia el horizonte velado como un vidrio.

¿En qué pedazo de buena tierra, nos preguntamos,
en qué platabanda, en qué terrazas,
plantaremos mañana el trémulo lirio,
dónde iremos a buscar la manzana,
en qué árbol escucharemos al pájaro enamorado?

II

Ay, mi Chile del Sur, escuadra pura . . .
bandera en alto se hundieron tus navíos,
y tus capitanes y tus marineros,
y toda tu tripulación silvestre,
a media travesía solamente,
se hundió en el mar.

Polvo y ceniza volvióse en un solo instante
tu inverosímil geografía,
desprendidos de sus viejos sitiales,
como en una inmensa bandeja,
danzaron entremezclados tus cordilleras y tus mares.

¿Y aquella araña
que de copa en copa y de hoja en hoja
tendía hilos de plata?

¿Aquel caballo lleno de espumas
que se comía la flor y la mariposa
y cuyo relincho era perfumado?

¿Y la sombra de Pérez Rosales,
presencia siempre viva en el Sur,
se sostiene todavía
entre los bosques milenarios de Llanquihue?

Y aquellos conventos Capuchinos,
en el centro virgen de la Araucanía,
¿siguen aún en pie,
alientan aún sus cristalinas misas?

III

Estrepitosamente te hundiste, Sur de Chile,
pero en esta avalancha,
astillas indivisibles de tu árbol poderoso,
aún nos agarramos a tu tronco decapitado,
aún nos quedan fuerzas
para gritar por sobre el océano vacío:

No aceptaremos nunca tu naufragio,
tenazmente nos resistiremos a reconocer tu ausencia,
desde este muñón de tabla que nos queda,
cerrados los ojos a la evidencia,
declaramos a coro:

Nuestra voluntad de tenerte
es más poderosa que la verdad palpable,
el recuerdo que de ti guardamos
es un lienzo más vivo,
es un surco más hondo
que la cruenta historia de tu caída.

Tu presencia en nosotros es perentoria,
imperiosa se anuncia a cada instante,
nos golpea clamorosa por debajo de la piel,
nos exige tributo como dueño,
e invadidos de ella,
florecemos como árboles,
echamos racimos y balcones floridos,
besos al aire.

Hijos de tus totoras,
y de tus aserrines y de tus musgos;
amamantados de tu leche torrencial,
no damos un solo paso por el mundo
sin enredarnos en tus lazos,
sin caer conturbados bajo tus rodillas.

Frente a tanta desdicha,
antes que abrirle la puerta a la carne flaca
y rasgar nuestras vestiduras
o echarnos ceniza en la cabeza,
nos comemos la lengua quejumbrosa,
nos tragamos las lágrimas inútiles,
y bien apretados los dientes,
empuñamos de nuevo la herramienta.

En voz alta juramos
—porfiados como una hormiga—
volver a comenzar desde el principio:
martillo y serrucho primarios,
viga maestra,
tijerales azules
y gallardetes.

Carpinteros seremos para reconstruirte,
te haremos de madera sonora,
desde tu cimiento te levantaremos,
tabla por tabla
y madreSelva por madreSelva.

Como a collar perdido en las aguas
te buscaremos por debajo de las mareas,
doblado el espinazo,
escarbando a la orilla de los malecones,
como garfios los dedos.

Seremos buzos para reflotarte,
grúas para levantarte hasta la luz del sol,
no importa la inmensidad de tu descendimiento,
desde las entrañas del planeta,
limpiamente,
te volveremos a la superficie.

En religiosa procesión
—como monjes que acuden a un oficio sagrado—
nos trasladaremos al sitio de tu hecatombe,
y, lámpara en mano,
iremos descubriendo en las profundidades,
tus jardines sumergidos.

Desde la oscura garganta de los océanos
—mordido y lamido por el agua—
recuperaremos tu quebrantado archipiélago;
la proa siempre enfilada al Sur mojado,
lo recostaremos muellemente en su viejo lecho,
temerosamente lo extenderemos
a la par del peligroso mar Pacífico.

Como una verde escuadra
irán apareciendo tus islas numerosas,
tus grandes transatlánticos,
tus guardacostas y tus escampavías,
tus acorazados y tus submarinos,
tus blancos rompehielos,
tus carabelas.

Y, en seguida,
tus risueñas iglesias de madera,
tus aserraderos de tablas olorosas,
tus helechos salpicados de espumas;
saturados de sal y espesos yodos,
tus clásicos copihues,
tus rubias topatopas.

En impetuosas cuadrigas se acercarán galopando
tus yeguas estelares,
ancas llenas de vaho,
cascos de fuego y crines,
recubiertas todavía de bullente arena;
por las patas eléctricas,
el agua en largos ríos.

Te reconstruiremos en tu efigie antigua,
en tu prestigiosa estampa a dos colores:
terrenal y fluvial,
medallón de tierra oscura y labrantía
y agua que se desborda de las copas,
arado y tridente,
manzano y rosa marina.

IV

Fervorosa colmena de Concepción
—ciudad pionera y universitaria,
respetada señora nuestra,
de amplísimo Bío-Bío—,
de acero blindado reedificaremos tu Aula Magna,
el abierto paraninfo de ayer
donde los poetas echamos a rodar
tanto verso arriesgado o desafiante.

Puerto Saavedra

—prisionero silvestre entre dos aguas—
ya fluvial o marino,
te transportaremos de nuevo tierra adentro,
y contigo, la tumba sagrada de Augusto Winter;
reflotaremos como a un barco encallado
su cementerio campesino;
que el viejo poeta siga durmiendo plácidamente
a flor de tierra,
largo de barbas
y blanco de tanto sueño y tanto cisne.

Queule de las soledades,
descalzo y despeinado
(trescientos fueron en ti los sobrevivientes
y quinientos los desaparecidos),
para preservarte de la furia de los mares,
con amorosos lazos,
te amarraremos como a un ramo escogido
a media cima.

Toltén de nuestros olvidos
—estampilla de frágil papel—
con las manos abiertas te abrigaremos el alma;
con el pecho desnudo frente al mar
haremos un muro espeso,
una insalvable trinchera
para defender del huracán marino
tu vacilante bujía.

Valdivia

—la de los nuevos diluvios universales—
ensayaremos en tus albercas inundadas
la bíblica separación de las tierras y las aguas;
te levantaremos los codos que tu resplandor requiera,
te suspenderemos al nivel de las copas y los palomares,
día y noche cuidaremos
de tu belleza rubia,
de tus ojos azules.

V

 Mi dulce Sur de Chile:
enjugaremos gota a gota tus vinagres y tus salmueras;
a tu lado y de rodillas
velaremos tu nuevo crecimiento;
ahora habrás ganado
el prestigio de una Atlántida emergida;
viejas adherencias condecorarán tu pecho,
vendrás espesa de verdes légamos,
pobladas de mástiles y velámenes,
toda recubierta de un esplendente cosmos.

LUIS OYARZÚN

Muerte en la tierra

1.—

ANDUVE lentamente por la dura colina,
Presa de un mar robado por su propio destello,
El cielo ensangrentado, pensé, de cada día.
Miré cómo volvían los halcones marinos
A sus nidos hirsutos, en un orden perfecto.
Cada cosa adquiriría su halo vespertino.
La luz se fue gastando largamente en su eco
Y en la playa unas flores su desnudez abrieron.
¿Quién va por el rosal? ¿Quién teje los racimos?

2.—

No eres tranquila, tierra, nunca duermes,
Falsamente en reposo, suspendida
De una frase lanzada oscuramente,
De ese puente quebrado entre astro y astro,
Transmutada en raíces, ebria de formas,
Equilibrada apenas en la noche y el día,
Ajustada al azar en el espacio,
Perdidamente vas, tierra perdida.
¡Siendo seguridad, ser tú tan frágil!
Consumación solar de fuego y fruto.
Perdida en el espacio, sostenida
Por ángeles opuestos, tierra oscura,
Tal vez serás tan sólo tu semilla
Entre plumajes sueltos de galaxias
Para crecer al fin en luz de trigo.
Brotó una voz entre las rocas, tierna
Un instante, estertor entre dos musgos
Y fue por una vez florida piedra
El silencio que dio visión y tacto
A un deseo flotante entre los astros.
Te acabarás, oh tierra, entre dos luces,
Entre dos alas que se van de vuelo.
Te acabarás, espuma despeinada,
Ola inconstante, cruz, isla insegura,
Radiolaria de amor despierta apenas
En el temblor de un vacilante fuego.
Crepitarás, fuego de rocas. ¿Duermes?

Crepitarás. ¿Acaso te despiertas?
 No te alumbra la luna. ¿Quién alumbra
 A los ciegos derrumbes de los ciegos?
 Un corazón nos diste. No lo tienes,
 Tierra de fuego frío, desmesura.
 Es cierto. No eras tú la luz ni el canto.
 Nada vino de ti. Todo del cielo.
 No engendraste tú sola tu linaje.
 Y por no poder dar siempre más vida
 Nos cegaste, mortal, hasta la muerte.
 Muerte que das como tú das el fuego,
 Muerte en el cielo, muerte con sosiego,
 Muerte sin puerta, peste ni agonía,
 Muerte en el orden, fin, harina pura
 De los trigos cernidos en tu germen.

3.—

Aquí, al otro lado de la tierra, habla el espejo.
 Veo tu mismo rostro demasiado rojo.
 Quise hallar otra mano, tocar tu mano antigua,
 Mansamente dejada sobre el pecho tranquilo.
 Y no palpo sino el temblor, la prisa
 De la misma ansiosa primavera
 Con su sueño en tormenta en el espejo.
 Jamás se abrió apacible la camelia.
 Nunca vimos en perfecto reposo
 El mar de nuestras islas.
 Contra todo coral, nuestra resaca
 Ahoga los canales de color clausurado.
 Hijastros del océano, bienes de espuma fuimos,
 ¡veinte mil dinastías en un solo hervidero!

4.—

Regresaré a la tierra que recibió al Océano.
 Hundiré mi cabeza en la ardiente medusa,
 Buscaré los alerces en la hostil marejada,
 La tierra deshilada que crecía en el trigo,
 El follaje perdido de los náufragos ulmos
 Grabado para siempre en las rocas de fuego.
 El olor de la selva que estremecía en hojas
 La luz sin ansiedad de la ribera inmóvil
 Se volvió sin adioses cresta del mar salvaje,
 Altura hostil, hondura, inmensidad sin flores.
 Tendré que amar el hielo, la ignición de la tierra.
 Seguiremos amando esta cuna de fuego
 Y besaremos, huérfanos, a la madre madrastra
 En los sueños que anuncian el regreso a su boca.

Roma, mayo de 1960.

SARA VIAL

Primavera hacia el Sur

Ahora necesitas ventanas y navíos
para esperar de nuevo la vida, sur del mundo.
Porque en medio de todo, la primavera vuelve
y hay que vendar los árboles que rompieron las olas.

Hay que clavar más hondo el umbral de la casa
y envolver el espanto como un niño dormido
en tu manta de invierno, salvada de la noche.
No dejar que te sigan los pasos del escombros.

Alejarte del mar como las golondrinas,
sin pensar en el viento que movía la tierra
y en los ojos abiertos, helados, de tus hijos
acomodar de nuevo las luces que han caído.

Hay que hacer tantas cosas, recuperar el tiempo
con un rostro hecho trizas, con un pecho inundado
y una mano que busca la frente que tenía.
Yo no quiero mandarte más lágrimas, hermano.

Quiero ver tus espaldas levantadas del suelo
como un árbol que vuelve a pararse en la tierra.
Más rebelde y seguro de vivir bajo el golpe,
montando como un indio tu desbocado origen.

Así quiero mirarte, voluntariosamente
surgido del abismo que tragó tus rebaños.
En espera del hacha, guardabosque perdido.
De la red y la barca que arrebató al océano.

Que te traigan más puertas que afirmar contra el viento,
más camiones de lluvia con que abrir los caminos.
Haras empalizadas de trigo contra el agua,
con tus manos heridas sujetarás los muros.

Mi ciudad puso un barco para ir a tu encuentro;
el mundo abría aviones, te buscaban los trenes
por distintos caminos, del pecho de las razas
subió un ancho suspiro para reconocerte.
Pues no estabas tú solo. Cuando ruge la tierra

¿quién podría estar solo? todos vamos en ella
sin saber hacia adonde y el vacío nos junta
mejor que las palabras, cuando todo se rompe.

Y en estas rocas mías que ves, también las cosas
salieron de sus órbitas una noche lejana
y el grito de los hombres rodó como los pájaros
cuando el alba mostró los huecos de la herida.

Hubo que levantarse sobre las piedras rotas,
Caminar por las calles ciegas de la catástrofe
apretando en el pánico una gaviota muerta.
Una ciudad entera, verla caer entonces.

Pero volvió de nuevo también la primavera.
Fue necesario atar los álamos cortados,
recuperar del polvo algunas escaleras,
enterrar a los muertos, olvidar lentamente.

Hoy ves los pescadores de nuevo en las orillas,
las casas aferradas más altas a los cerros,
y la vida subiendo, bajando cada día
sin cesar, sin pararse a pensar en la muerte.

Porque le falta tiempo, la vida es más feroz
con sus caderas plenas de hijos todavía.
Ella, la que persiste, que no mira hacia atrás
y hace crecer el pasto encima de la sangre.

Difícil nuestra tierra, pero así nos mecemos
en ella desde niños, sacudida y distante,
y por ser más inmóviles no la abandonaríamos.
Su hermano, recoge tus pedazos y espera.

Con palomas de hierro construirán los hombres
una estrella más alta para tu duro cielo.
Y te digo estas cosas porque hoy la primavera
ha partido en un barco hacia tu muelle roto.

EDESIO ALVARADO

Oratorio del sur

(tres fragmentos)

ESTAS PALABRAS de dolor y esperanza, de angustia y solidaridad, de lágrimas y cólera, van para los hombres del Sur. Para los más pobres, solos y olvidados, a quienes la catástrofe dejó aún más pobres y olvidados.

Estas palabras van, pues, para los montañeses, los campesinos sin tierra o los que tienen lo suficiente para soportar y morir, los últimos mapuches, los pescadores, los isleños australes, los naufragos y fantasmas del Sur de mi corazón, habitantes todos de la patria inconclusa.

I

Ahí estáis,
hermanos en la piedra, isleños míos;
pobladores del viento, pescadores;
árboles embestidos, montañeses,
adversarios del hambre, campesinos,
familiares de mi corazón que ya no puede más.

Ahí estáis. Y yo no os canto.
No es esta la hora de cantar ni de llevaros al poética de los sueños;
y al otro, al que escribe de cosas que no ha sentido nunca,
que no tuvo hijos o seres entrañables al borde de la fatalidad,
y anda rabioso, sin bandera, sin fraternidad, sin los pies en la vida.
No. Voy a vosotros solo. Pero el hombre va. El hermano, el fiel her-
[mano

que escuchó al otro hermano entre la noche súbita;
que sintió desde lejos el llamado por sobre los relámpagos,
las catástrofes, los muertos que flotaban, las mareas dementes.
Y aquí voy, aquí llego, más rápido que el pánico, que las ropas des-
[hechas,
a amanecer junto a vosotros, a pasarnos de mano en mano los minutos
de la hora inencontrable que subió del abismo.

Porque el Hombre del Sur es el hermano mío.
Y el que nació en lo alto de la invicta montaña, de la negra montaña,
de la tenaz montaña de Llanquihue, allá en el fondo, en el vientre

donde muere la luz antes de desprenderse de los árboles,
hermano mío es y desde aquí lo llamo.

Y el que bajó con las maderas por los ríos eléctricos,
por las huellas hundidas en los años más lentos,
arrastrando un cadáver, soledad, voces ciegas, agrio, envenenado vino,
y construyó su choza de mañío invencible más allá, más allá,
casi al término de la sin término, asesina costa,
hermano mío es y mía es su ventura.

Y el que vivió en silencio recelando del puma, de los pasos
que se escuchan de pronto sin que nadie, nadie camine por la playa
[en vigilia,
y sólo conversa con el brujo y los ahogados traídos por el viento,
hermano mío es y guardo su secreto.

Y el que en la isla última custodia los papales, ahí mismo, en los pan-
[tanos
donde tal vez durmieron los borrachos, donde tal vez descansaron los
[patos vagabundos,
donde tal vez alguien murió, o una hembra separó los muslos al amor
[o fue a abortar tal vez,
hermano mío es y con él amanezco.

Y el que se vino cordillera abajo como el oro o el prófugo,
y alguna vez pasó animales por las bocas azules, debajo de la escarcha
[y el crimen,

o se aferró a la carabina trágica del contrabandista;
y el que en los barrales de Loncoche bebió con los cuatreros o fue
[cuatrero él mismo;

y el que en la cordillera de Nahuelbuta, en esas tardes ásperas, buscaba
[los fulgores
de las piedras ya inútiles, o en la Punta de Colbún aguardaba la ola
que le regalara sus tesoros; y el viejo, viejo, color de vieja tierra que
[allá adentro,

en el secreto de los copihues, en el nido postrero, vedado, de los cisnes,
plática con Huenu-Chau y sostiene, a su modo, la esperanza; y el que
[bajo las ráfagas

de las Islas Guaitecas conversa de las putas de Puerto Montt o de su
[mujer que está en Calbuco
mientras los choros le muerden las falanges y el pisco las mejora con
[seguridad;

y el que cruzó las aguas de Chiloé sin nada más que su alma, sin nada
[más que sus anzuelos
clavados en el invierno o en la peste, sin nada más que viento y los
[naufragios

sentados al timón, hermano mío es, como aquel que en la mina aban-
[donada arriba,
del alto Aisén, arriba, espera de noche que arda la fosforescente ma-
[ravilla;

y aquel que en el último, el último, verdaderamente el último refugio
[Navarino,
está pronto a morir asesinado por la alucinación. Todos ellos

hermanos míos son. No hay ninguno cuya sangre no sea de esta sangre
 [que consumo de niño,
 así como no hay nadie que alguna vez, un día, no haya soñado cual-
 [quiera de las cosas
 que he seguido soñando. Por eso estoy en el martirio, cerca, dentro
 de los que escaparon de la vida y luego de la muerte y otra de la vida,
 mirando lo que no se puede medir con las pupilas, presagiándolo todo
 como si ellos fueran los primeros vivientes.

I I

No canto. No. No canto.
 Porque ahí estáis, hermanos.
 Recién subiendo del espanto, respirando apenas en las piedras, la lama,
 en los troncos, en los puertos deshechos, en los muelles surtos para
 [siempre,
 incrédulos, llorando (si es que a eso se le llama llorar), preguntando
 [qué pasa,
 dónde está ese Dios, qué se ha hecho todo, la cama, el almuerzo, la
 [vida,
 la dura vida, la jodida vida, la reputa vida, pero la vida al fin,
 la vida que os sustentaba y que yo bebía para no ponerme a agonizar
 [de súbito.
 Creéis que está de noche, a pesar de que el sol —¡el sol, hermanos!—
 ha vuelto a mojaros los cabellos. Pensáis si ha pasado. No esperáis
 porque el final puede venir de nuevo. Aquello. Aquello. Y es la muerte,
 la muerte la que pasa a cada instante, en cada cuervo, en cada niño,
 en cada crepúsculo que cae como si llegara toda, toda, toda la desgracia.

Hasta aquel día estábais como siempre, como nos conocimos,
 esperando algo, alguien de quién sabe dónde; proyectando a solas
 algún viaje difícil, alguna decisión que os arrancara de esa suerte,
 de la suerte paterna que no sirvió de nada, la maldita suerte
 de todos los días, los días iguales, los mínimos, los insufribles días.
 Tal vez, tal vez pensabais en una novia extraña, en la riqueza, en cosas,
 como dicen, de locos. En Punta Arenas, en los salarios argentinos, en
 [todo
 lo que pudiera ser el día distinto, el día que no llega. Esa vida
 en alguna ciudad, a salvo de la soledad y la pobreza. El día
 de ser feliz, de tener dinero a manos llenas, sueños, motivos, hijos
 que habrían permitido esperar en paz la hora de morir.
 De morir, de morir. Pero no así, jamás. Pero no así,
 y en eso, visteis morir el universo.

Visteis al sol volverse loco. Al aire, destruirse. Y a vuestros pies, el
 [vómito.
 El vómito total de la alegría, de la lumbre tan quieta, de la edad
 a la que jamás, jamás regresaréis, jamás regresaremos
 todos nosotros, los presentes de ayer, de hoy y de mañana,

nuestros hijos, la sangre defendida y guardada, nuestra herencia, re-
 ciertas palabras, ciertas ilusiones, seguridades muertas para toda la
 [cuertos,
 [muerte.

Y luego, visteis llegar el mar.
 Llegar el mar. El mar, como jamás el mar.
 Oh, no. No recordéis ahora. Me bastan vuestros ojos, vuestros párpados
 que parecen mortajas, vuestras mentes que están aún a la intemperie,
 regadas aquí y allá, bajo las casas muertas, bajo los rostros muertos,
 y en donde la memoria aún fulgura cuando baja la noche. Oh, cuando
 [baja la noche.
 Yo sé. Yo sé. Visteis llegar el mar.
 La ola. Aquella ola.

III

Caminaron las piedras. Las espumas quemaron.
 Y en el árbol más alto, en la última hoja, en la perdida hoja del mi-
 [lagro,
 florecieron las ostras que los buzos en vano perseguían de antaño.
 El mar, el mar amigo y enemigo, el que daba el sustento, el que incen-
 [diaba
 la sangre de alegría o de cólera, el que hacía soñar, buscar olvido, el
 [que ahogaba,
 el que a los ebrios permitía cantar sobre su piel de noche,
 el que os trataba mal porque os quería mucho, llegó desde su océano.
 Y la ola, la ola, aquella ola levantó mil kilómetros
 y avanzó muerte adentro desfigurando el mundo.
 El mar, el mar, el viejo mar no supo dónde estaba,
 quién era, por qué se comportaba así, qué lo obligaba a aniquilaros.
 Era un ebrio injuriado. Un idiota azuzado por los niños. Un asesino
 [de inocentes
 huyendo de algún fusilamiento o de la multitud.

Robó los techos que cuidaban —tan débiles—, el pan del delirante
 [invierno.
 Rompió las brújulas. Deshizo los velámenes que a duras penas surca-
 [ban la miseria.
 Quebrantó las anclas de las vidas, de las puras, simples, cotidianas vidas.
 Y os dio un día distinto sí, un día con los náufragos que llegaron de
 [vuelta
 quizás de qué tragedia, de qué rincón de los canales donde nunca otros
 [hombres
 supieron lo poco que podemos aún contra la adversidad.
 Sí, tuvisteis un día distinto. Tan distinto, que nunca lo tuvieron los
 [seres.
 Un día negro que no fue la noche. Un día rojo que no fue el infierno.

Un día de alaridos que no fue el espanto. Un día que ni siquiera fue
[la muerte.
Porque la parte fue, a la vez, el todo. Y cada parte de la noche, y cada
[parte del infierno,
y cada parte del espanto, y cada parte de la muerte llegaron juntas ese
[día
y por sí solas eran la totalidad de lo imposible.

Vosotros fuisteis los que visteis secarse los canales, las bahías nu-
[tricias,
y en el fondo, los lobos bramar como escapando a tientas de un planeta
[maldito;
los pulpos alargar los tentáculos hacia algún espacio que no fuera ese
[golpe;
los robalos quemados pasear por la vereda;
los caracoles huir cual un tropel de estúpidos,
los zargazos llamear como la última hoguera que quedara en el mundo.
Y dónde y dónde ya la vida. Dónde la especie, los siglos, el tiempo, el
[propio tiempo,
lo que se había mantenido familia tras familia desde la hora errante,
si a la tierra le habían arrancado los ojos y cabalgaba a solas,
cual una yegua loca hacia el abismo.

Sur de Chile, junio de 1960.

JORGE TEILLER

Muerte y resurrección de Puerto Saavedra

I

Antes que de nuevo floreciera
la sangre en la piedra de sacrificio,
había un puerto de días serenos
como ruido de remos en el agua,
donde sobraba tiempo para detenerse a oír
el griterío de las gaviotas,
o buscar una vertiente para beber en las cacerías de invierno,
o dormir largas horas escuchando entre sueños
a los árboles de cara arrugada
que enseñaban a hablar a los primeros brotes de la primavera.
Hasta que de pronto todo volvió a ser como en el principio:
sólo el frío y el chillido de un pájaro,
sólo el ruido de las olas
rompiendo un esqueleto lanzado al roquerío.

Antes de que otra vez las ancianas de la tribu escucharan a la tierra
pedir la sangre de un inocente para aplacar al océano,
había un puerto soñando como un anciano
con los grandes días de 1900, cuando los vapores viajaban
cargados de trigo por el río;
había un pueblo rodeado de bosques en incendio;
pueblo de curas y pescadores,
de cantinas y procesiones.
Un pueblo más al sur del mundo,
rodeado de sementeras
que sólo conocían el paso de pies desnudos;
pueblo de chozas miserables y caballos hambrientos,
de muchachas rubias
rodeadas de espinos blancos a la salida de la novena,
y de prostitutas enfermas a orillas de un brasero.
Pueblo donde nadie tenía sueños;
y se enterraba a los muertos lejos, en la colina,
pero se los sentía respirar hasta en el polvo,
hasta que todo volvió a su comienzo:
el frío y el chillido de un pájaro,
y las olas rompiendo un débil esqueleto lanzado al roquerío.

II

En una hora de una tarde de invierno
la tierra devuelve a las aguas

lo que les perteneció antes del principio de los tiempos,
 y en el pueblo ya no hay ventanas ni una luz en la ventana
 para guiar la llegada de los días
 después que el mar, cumplida su faena se retira de nuevo a dormir,
 dejando a la oscuridad y la muerte
 dueñas de todas las calles:
 la calle del molino, la calle del aserradero,
 la calle del muelle, la calle de las carretas.
 En los cerros y los bosques
 erran los hombres encendiendo fogatas como los antepasados,
 o llamándose con nombres confusos
 que nunca habían conocido antes,
 y las madres se arrastran llorosas como la hojarasca de mayo
 sin hallar a sus hijos, refugiados en brazos extraños.
 La locura y el miedo tañen sus campanas en la oscuridad y las ruinas
 y le contestan los perros que buscan inútilmente a sus amos
 en los matorrales y pantanos,
 mientras en el roquerío las olas quiebran un esqueleto de niño.

III

La primavera resucita como de costumbre,
 la primavera lluviosa que restaña las heridas de la costa,
 hablando con las mismas hojas que vigilaron el sueño de la Bella Dur-
 [miente.
 El sol despreocupado pasea en mangas de camisa por la playa aban-
 [donada.
 Y al pie del roquerío
 las algas envuelven con dulzura
 el esqueleto del inocente
 cuya sangre fecundó la tierra para la nueva mañana.

En el cementerio de la colina
 la primavera hace florecer amapolas en los párpados de los muertos.
 Los primeros martillazos y el chillido de las tablas
 en los aserraderos
 anuncian la resurrección del pueblo,
 como la del vaso quebrado en el cual encontramos las luciérnagas
 que nuestros abuelos atraparon en una primavera de 1890.
 La resurrección que nacerá de las manos de los rústicos
 que fueron amenazados de fusilamiento
 si reclamaban el pan que les correspondía;
 la resurrección que sólo con la ayuda de sus manos
 harán aquéllos
 a quienes se condena a pudrirse como colchones de paja en las cárceles.
 Y la primavera que recorre las playas abandonadas
 como una muchacha de otro tiempo,
 hace callar a las olas
 y escucha los lejanos cánticos de resurrección.

TEÓFILO CID

El mar es Nuestro Padre

I

¡Oh mar!, en los risueños días idos
Bellas islas de amor nos señalabas
Después se abrió tu corazón antiguo
Y cubriste la tierra con tus lágrimas.

Fueron los hombres ¡ay! quienes hirieron
Los claros meridianos paternos
Que iluminan convulsos hemisferios,
Y hoy vuelven a ofenderte con sus ayes.

Amad el mar ¡oh hijos de los bosques!
La simiente alcalina que derrama
Como un tórrido sembrador de soles,
Aunque la ira inunde su mirada.

Amad el mar, besado por la luna
O malherido por las tempestades,
Pues dulce es reposar como la bruma
Entre sus brazos férvidos de padre.

Lo hemos ofendido, al rechazar
Los diáfanos enjambres de sus peces,
Y ofensa le inferimos al dejar
Que la herrumbre mordiera nuestras redes.

Nadie mejor que él abrió las manos
Para colmar la ingenua fantasía:
Venus Anadiomena fue el regalo
De tanta perezosa tarde estiva . . .

Sus horizontes fueron imperiales
Anhelos de apagar hondas nostalgias.
En sus brazos la infancia fue velamen
Inmóvil que atraviesa la distancia.

Y cuando floreció la primavera
En los dorados leños de las barcas,
El mar resucitó viejas sirenas,
Bellos seres de lánguidas miradas. . .

Amad por eso el mar, voluble antorcha
Que embebe de piadosa claridad
El tránsito mortal de nuestras rosas.
Ahora como nunca ¡amad el mar!

Amad la libertad que dan las olas
Amad la semejanza que las une,
Bien que distintas unas de las otras
Como las voces que el silencio funde.

Hay seres que aquí yacen, extasiados
Bajo los verdes vésperos de mar;
Por ellos, los crepúsculos aldeanos
Aún lloran su pecado original.

En las puras aldeas, los racimos
Cubren los rubios muros como antaño,
Y aún caen en los parques submarinos
Las flores que otros tiempos perfumaron.

En resonancia de ópalo, se escucha
Al pájaro cantar en la arboleda,
Y más de alguna joven sigue muda,
Tejiendo una ilusión junto a la puerta.

Por eso a solas, víctima que soy
De totémicas llamas centenarias,
Me dejo traspasar por el dolor. . .
¡Y en el distante azul caen mis lágrimas!

II

Debemos recordar, no obstante, ahora
Que el mar, por sobre todo, es nuestro padre.
Todo Chile no es más que piel, ansiosa
De sentir su caricia innumerable.

La propia cordillera es piel de diosa
Temblando en la resaca sideral;
Es Venus, emergiendo de las olas
Como un capullo en nuestro litoral.

Al partir hacia el mar, nuestros anhelos
Se hicieron poderosos y estatuarios.
La libertad nació con los maderos
Del ampo forestal cordillerano.

Pues fueron cuatro tablas las que dieron
Su adiós definitivo al león hispano;
Cuatro tablas que el mar condujo a puerto,
Colmando así el fervor americano.

El mar ungió a los héroes de mayo
En la rada inmortal de un viejo puerto,
Y le brindó sus líricos espacios
A nuestro corazón aventurero.

¡Fuimos del mar, sus hijos fuimos siempre!
La ola acarició nuestro pasado,
La espuma ha coronado nuestra frente,
Dejó en nuestra bandera el color cándido.

Iremos hasta ti ¡oh viejo padre!
Con filial resplandor seremos tuyos.
Un casto corazón fue el alto precio
Que la raza pagó por tu saludo.

Un corazón de niño, sonora copa
Desbordante de lágrimas tribales,
A tu seno bajó como una hostia
Ungida de pasión. . . ¡oh viejo padre!

¡Aderezad las redes, pescadores!
¡Alzad la vela! ¡Desafiad el viento!
Caracoles son nuestros corazones
En donde el mar arrulla nuestros sueños.

Nuestra sangre en sus aras se ha mezclado
Con la sangre de antiguos argonautas;
Por eso espera ansioso nuestros barcos
Y nos saluda desde lontananza.

Que el sacrificio aquel no sea vano,
El de ese corazón puesto en las aguas. . .
Saldremos hacia tí ¡te lo juramos!
Y así construiremos el mañana.

Si nuestro padre fuiste en el pasado,
Lo serás para siempre en el futuro. . .
¡Oh padre, volveremos a tus brazos
Con el tribal instinto de hijos tuyos!

PABLO DE ROKHA

El gran asesinato

I

LENGUAJE DE CATASTROFES

En este vórtice infernal, Patria de oro, Patria de vino y piedra, Patria de fuego,
muérdete el corazón y yérguete estupenda como herramienta inmortal
de las artesanías humanas, arrastrando el heroísmo como un estigma,
parada en tus volcanes categóricos. . .

Si nos criamos entre terremotos, entre huracanes, y tempestades de
clases sociales, entre maremotos con hocico desafortado,
que aullan a la espalda de los abismos cavados por los abismos, amena-
zándonos desde la eternidad, entre batallas y caballos de basalto,
sufriendo y mordiendo hambre, enyugados al desamparo, con
la bandera negra de Iquique pateado por heroico a la van-
guardia,
y nos fuimos haciendo como el acero: ardiendo, o danzando a la orilla
de los precipicios, entre las anchas huelgas justas,
si lo colosal acuménico nos azotó el hígado popular, y el coraje nos
arrojó puñados de sol a la gran carcajada de la montura de re-
lámpagos,
si tú y yo y nosotros, los chilenos de la rotología general de Chile,
¡oh! Chile épico, todos los rotos chilenos
somos como potros de pellín montañés entre las vides ubérrimas y la
chacarería, nosotros los espoliados y los explotados de hoy,
esta gran corona de cadáveres pateados por Dios, entre tablas de lan-
chas y bahías, que el avatar del destino insular nos arrojó por
dentro del pecho del pueblo,
nos va a agrandar el pantalón de hierro de las temeridades últimas,
desde todo lo hondo de la miseria que escarba la materia enig-
mática con las espuelas puestas.

No hay que olvidar que fuimos los hijos del espanto,
que en un antaño que emerge sudando sangre de la tremenda y gran
tajada longitudinal de la República corcoveadora y trágica,
se estrelló la religión de España contra las masas humanas de Arauco,
y adentro del horror surgimos,

que los huasos chilenos no son de azúcar-flor que deslíen las aguas furiosas o las lágrimas del Invierno, como a una violeta, sino de rico metal social, igual a las espuelas de las caballerías del Quijote, capaces de situarse, a la manera del águila de Isaías, como dinamita y como tragedia, a la altura de las tragedias y sus grandes peñascos de alma.

Lloremos los muertos no asesinando a los damnificados, curemos con el dinero republicano de la misericordia popular y con la plusvalía acumulada, a la sociedad preñada y apuñalada en el vientre;

¡oh! antiguo, esplendoroso creador de hazañas, condecorado con la Población Callampa, ajusticiado entre cien patrones, nuestras inmensas, viejas y heroicas madres no nos parieron en cunas de frutas y claveles o en niditos de arrayán florido, como huevos de arcángel, no, nos echaron al mundo racional en chiguas de membrillo con pellejos de arrieros, desde el bramante lecho de bosta y siglos feroces, acuchillando el panteón de los ranchos malsanos, gélidos, entre las pataguas con manotazos de estropajos;

y si así se emerge de entre piojos y héroes y por algo frustrado y problemático, somos la tierra más abismal de la tierra, ¿nos fallará la voluntad suicida de lo heroico acuchillando los acantilados con la catástrofe, y a la manera de carne de cárcel y fusilamiento, sublimándonos en los escombros del pueblo y en los andrajos del pueblo, como los mismos instintos de la nacionalidad pisoteada? . . .

Acostumbrados a la vida bárbara y al peligro, encadenados a la montaña, al socavón, a la barcaza del pescador que trajina la Mar-océano y es el último de los emperadores sin corona, a conquistar desiertos y a explorar desfiladeros y bosques de robles huracanados, sentimos que montamos un potrón chúcaro como Nación, y es menester domarlo, acariciarlo, amarlo desde la cuna a la tumba, no a rebencazos, ni a espuelazos, sino como debe el jinete.

No nos pongamos a sollozar como pantalones rotos en las goteras enronquecidas del invierno de arañas del Sur, no, entreguémonos a la batalla social por la lucha futura, acorazados de empuje contra la naturaleza tremenda, en parición geológica, y a ahorcar a los ladrones públicos que edificaron escuelas de arena, rascacielos de estafas, puentes de durmientes podridos y túneles en desintegración, caminos con subsuelos de pantanos, a degollar a los que botaron como pingajos a las tristes familias pobres del inquilinaje (ojota y piojos),

obligándolas a merendar piedras a la orilla de la oceanía nacional de los antepasados, peleando con los elementos, cabalgando Chile —arriba y Chile— abajo con el puñal a la cintura y el atadito de cocaví desteñido en las lenguas polvosas, o descuartizando el salitre,
y a los espectadores con la limosna internacional o las colectas filibusteras, cuando se imponen los cupos forzosos al gran Capital.

Azotaron los maremotos del siglo,
con látigos ensangrentados y palancas de horror a las criaturas humildísimas, y tristísimas,
asesinando niños, mujeres, viejos, tronchados por bajos salarios.

La infinita desolación amarilla
arrastra la campana rota y sorda como un sepulcro de su fantasma descomunal: el hambre,
y el hambre, el hambre escarba las piltrafas del poblador;
parados, ¡oh! herido pueblo indolatino, osado, enfrentándonos al azar nacional superiores al pánico, a la desgracia y a las entrañas despedazadas a patadas de cataclismo,
de pie, medio a medio del brazo enorme de la amistad mundial. . .

Chile de diamante y pólvora, andando los caminos con el correaje del hombre corriente, lluvioso o crucificado a la altura de tu corazón,
o besando la bandera de la estrella polar, en la noche enlutada de agonía, aprendí tu canción de horror y mártires geológicos, comprendí todo lo fuerte que eres, lo herido y escarnecido y definitivamente infinito en el heroísmo o la paz, lo tranquilo y dignísimo frente a frente a la muerte,
conozco tus obreros, tus peones, tus mineros y sus mujeres santas y claras como el pan nacional del mito nacional, pariendo líderes chilenos,
adictas como el vino al macho terroso, errabundo, remoto, corajudo y desperdiciador de sublimidad, que produce este país — acero — mar entre sus lágrimas de cuero de muerto,
y sé perfectamente que no nos va a derrotar la puñalada del destino.

II

EL DRAMA COSMICO DEL SUR

Rodaron con estruendo encadenado, hirviendo las inmensas aguas, rodaron
los peñascos de fuego de las montañas y los volcanes enfurecidos pariendo y rompiendo y mordiendo dolor y encima de ellos, solo, apolillado, roto como una gran tinaja despedazada,
está parado el pánico, está parado el ojo de la muerte, está parado el ámbito que cunde, enorme, y crece de terremoto a maremoto.

Las lluvias y las tumbas son iguales,
y el horror va gritando, ensangrentado, impune como un criminal
muerto, entrechocándose,
al anca de la yegua tremenda de la muerte,
criaturas a pata pelada, no, héroes dramáticos, ridículos, impávidos,
agonizantes, eminentes como pabellones en derrota,
señoras recién paridas en la "posesión" macabra del inquilinaje, ancianos
de setenta años de hambre,
varones en orden de fusilamiento por la naturaleza inmortal, todos
infinitamente solos, salteados y carneados en sus andrajos,
arañan la entraña bestial de la querida Zona Austral,
mordiéndolo barro ardiendo y sangre, tuétanos y sangre, la sangre obrera
que chuparon los asesinos de Chile tanto y tantos años,
y ahora derrama la madrastra tierra;
aquí en el gran Santiago los desintegrados y el gran "Podeta" equi-
brista de la literatura, se divierten hediondamente,
o lamiendo las "boites" podridas o la gran martingala y la gran compo-
nenda,
y el putrerío declasado, amarillo se roba las frazadas para el lomo de
sus caballos, para el lecho de sus queridas,
no, es menester sudar angustia, sudar congoja, sudar grandeza y siglos,
es menester actuar, no hablar ajusticiando a los desventurados con
certificados de burócrata que aduló y engañó a todos los Go-
biernos,
y es menester no darse vuelta la chaqueta agarrándose a las alforjas de
la oligarquía, sino ceñirse el cinturón de hierro de las catás-
trofes;
ya veía yo antaño los buitres de cogote con cuello rabioso de burgueses
irreductibles y tráfico de sádico,
ya veía con estupor
la gran bandada de cuervos con chaleco de verdugo y al chacal nacio-
nal de la aristocracia vendido como cipayo — o como negrero,
ya veía entregar los atados de llanto de los pobres, todos los pobres del
mundo,
los abrazos de llanto de los pobres a las cajas férreas de los ricos, lati-
fundistas y monopolistas,
ya veía ensangrentados los territorios acogotados por los terremotos y
los maremotos
y a las madres hambrientas llorando o acometiendo lo infinito con su
desesperación tan antigua por la explotación y la expoliación
del capitalismo imperial,
porque el horror que cayó y se levantó de adentro del pellejo del Con-
tinento, azotó al hambriento y al desesperado
y más que al empresario y al millonario chupasangre, al chileno igno-
miniosamente y premeditadamente lanzado a la huelga obrera
por el invasor con un Imperio en las mandíbulas.

Los palafreneros del mar soltaron los caballos de la unidad catástrofica,
y el mar cornudo se arrojó relinchando, bramando, corcoveando, a caballo en la tormenta, como un toro inmenso, descomunal, ardiendo encima de la tierra, chilena,
a la cual se le desgarró el espinazo partiéndosele el vértice y echando fuego macabro se levantó y parió y se derrumbó en sus cacharros de horror, crujiendo a la manera de un barco gigante que destrozara sus cadenas,
a la deriva sobre el huracán;
el vecindario de las poblaciones hambrientas y analfabetas se arrodilló arañándose el corazón santiguándose,
pidiendo misericordia a la nada vacía de arriba de la metafísica,
y la ciudad maravillosamente fluvial de Pedro de Valdivia como una inmensa copa, se derramó en sus cimientos y la antigua Ancud hermosísima y Concepción, la industrial metropolitana, y Temuco y Angol y Achaó, capital de Quinchao, y Castro en donde ardiera la ciudadanía litoral-marítima y Dalcahue, flor de canales y Quellón terminal y Tenaún y Melinka, en las primeras oceanías, y Curaco de Velez,
retumbó el anfiteatro de Aisén expresándose en el lenguaje de Esquilo y el bramido llegó hasta la Iloca litoral de Licantén,
y los hambrientos, todos los hambrientos de Chile, los hambrientos le sacaron la lengua a la imbecilidad interesada y aventurera,
la desnutrición definitiva,
el ser humano le sacó la lengua al cacique regional, imperialista, que ofendió el honor de las Fuerzas Armadas del Pueblo, Pueblo en Armas, y pretendió burlarse del dolor de la República,
el ser humano le sacó la lengua a diez provincias heroicas amadas de Chile y el resplandor de "Dios" herido se enseñoreó rugiendo como ejemplo en Río Negro,
en el emporio de riquezas de Osorno o en el hambre enorme,
el hambre de los tiempos bíblicos en la Mesopotamia, el hambre enorme,
la hambre hambrienta,
y la desnudez infinita, la miseria infinita, la vergüenza infinita, la pobreza infinita y gutural, inconcebible, álgida y ácida como un trago de pólvora,
entre montañas de comida y de vestuario, de comida y de dinero, de comida y de cariño de naciones, nacional-internacional-épico,
levantándose, se escucharon los aullidos de Jericó caído, contra Chillán la ciudad del Gran Mercado y las talabarterías y como lloraba la historia y emigró la población aterrorizada, saltó el zanjón del horror la humanidad chilena y se levantó entre nosotros sus hermanos;

jarrojaremos a los infiernos sociales o a las alcantarillas como a perros
 de piedra a los sobrevivientes?;
 pisando escombros humanos, no llenemos de limosneros con cerebro
 un comercio de cadáveres elementales y gran negrura,
 no abandonemos al abandonado,
 no vaciemos tinajas de dolor sobre lagunas de dolor, enriqueciendo a
 los ratones y a los reducidos,
 nunca, jamás, nunca,
 llenemos de grandes ciudades-palomas de acero y cemento de porve-
 nir la hermosa Nación marina y vitivinícola, minera, maderera,
 frutera, agropecuaria,
 y no nos robemos el derecho a la comida,
 ajusticiemos, por ahorcamiento al negociante en catástrofes y al trafi-
 cante en catástrofes y murciélagos de portalón caído
 al granuja oportunista que patea la desgracia,
 y retratémonos en los soldados de Chile cuadrados en el cementerio co-
 losal del Sur, pisoteado por el Todopoderoso, azotado y abofe-
 teado por la predestinación de los mártires,
 arrastrado por la naturaleza estupenda,
 cuando, por abajo, la canalla degenerada, la rata humana, devoradora
 de asesinados, negociadora de asesinados, destripadora de ase-
 sinados,
 especula con el cataclismo;
 el poeta desinteresado se sitúa a la orilla del criminal
 y pare versitos encima,
 encima del enorme lago de llanto de las ciudades despedazadas como
 un zapato viejo.

Chacales del hambre rodante levantan la acuchillada faz de misera-
 ble a miserable, y los hambrientos asesinan a los hambrientos, fo-
 tografando la sociedad hambrienta,
 entonces un Chile mendigo emerge de un Chile mendigo y dannifica-
 do, apuñalándose,
 y como si el bofetón al esternón se sumase a la gran patada al alma, nos
 caemos arrodillados frente a frente a la revolución oceánica,
 el explotador enmascarado en estadista, se atraganta de terremotos,
 y a la manera de un pulpo tan enorme que borrarase la Cruz del Sur, de
 Oriente a Poniente, abarcándonos por debajo del subterráneo
 nacional,
 siniestro como comercio de cabrones, oscuro,
 y demoníaco, arrasa la patria saliendo de adentro del océano colosal
 de las ayudas o robadas o abandonadas, a engordar la traición
 americana.

El vaso de vino universal de la generosidad del pueblo y de todos los
 pueblos
 se derrama por la República, pues todo lo humano está con nosotros,
 corazón a corazón, pecho con pecho, estupor a estupor,

y de igual a igual, los desamparados que entregaron su desamparo
y el héroe total que donara la cama conyugal, la cama provincial, la
cama terrenal, la única cama de la humanidad, o los zapatos, y
anda descalzo encima del mundo,
se abraza con la URSS y Cuba o México a la misma altura del dolor en-
tre polvo de siglos.

Superándonos con acento de hombre-leones por encima de la socie-
dad podrida en que vivimos,
y no mamando la ubre de sangre de la miseria sino la teta inmensa de
la riqueza, que arrancaremos a la garra trágica del invasor,
no hagamos restallar el verdugón de la desgracia en las espaldas catas-
tróficas
de la familia despedazada, de la criaturita huérfana a la cual pateó la
muerte, de la viuda mísera y sublime,
no echemos los muertos a la espalda de los vivos,
a la espalda del corazón humano, ametrallado por la naturaleza, acor-
ralado y asesinado con sadismo eclesiástico, a la espalda del
desventurado popular,
no, empuñad la libertad a la manera de las ametralladoras ! . . .

El éxodo de los relegados y los baleados plantea un desastre de emi-
graciones
y triplica la personalidad en destierro del chileno mal herido, azotán-
dolo contra la cabeza de las epopeyas, como a tarro de llanto y
piedras,
y son heroicos los que partieron, los que no partieron y los que murie-
ron avizorando la aldea natal,
coronándose de coraje indomeñable, pobres y tristes, pero con sombre-
ro de tormenta en la soledad huracanada o acorralada a punta-
piés,
héroes y heroínas, héroes del drama de andrajos de todos los siglos de
Chile,
del sudor y del dolor, niños y niñas, viejos y viejas, varones de hombría
enorme, mineros, gañanes, marinos, el pescador y el labrador
el roto de oro y los obreros carboníferos o el Norte Grande pagado con
escarnio envenenado.

Rotología litoral y trágica como yo mismo, litoral y báquica, viña-
marina,
semilla de invierno, bandera de luto, espiga de acero,
abajo, en tus entrañas durmiendo y creciendo para siempre nunca, his-
toria y mundo arriba,
repecha, muerta, aquella a la cual tanto amaba y amó e idolatraba, ma-
dre y esposa grande, acuna su sueño de raíz terrible en la inmor-
talidad,
no se lo aterres desgarrándote,
matando tus hijos, nuestros hijos, los hijos del ser innumerable que es

la nacionalidad,
y llenando de espanto y lágrimas su tumba ! . . .

Crujieron los ranchos desechos por negros inviernos sin pan, derrumbándose,
y azotados los pingajos desesperados por el huracán
parecía un ejército a la desbandada, perseguido por lo infinito, nuestro inmenso pueblo a pata pelada;
entre un whisky con maldición, el latifundista lloraba a la gran yegua de su señora,
y el especulador reía planificando la compraventa de cataclismos internacionales a crédito,
debajo del techo del cielo los huérfano arañan la desgracia;
hoy por hoy un cadáver del tamaño del verano va tocando su acordeón infernal sobre la ruina inmensa ! . . .

Como un lobo mamando de los catres, acorralado, o un pájaro en todo lo hondo y remoto de las montañas
o una gran culebra enrollándose en los relojes, en las sepulturas y en las carabinas o en el pantalón negro del pueblo, lo desconocido se enredó a las piernas obreras del inquilinaje
y el lumpenproletario vecinal infinitamente errado y desventurado, infinitamente pateado, infinitamente explotado, infinitamente despreciado,
y la psicosis catastrófica derramó al poblador como inmensa agua tremenda,
saliendo de adentro de él mismo, de adentro de las montañas despedazadas, peleando a puntapiés resollando y sudando sangre, de adentro del complejo del pueblo.

Y aquellos que se hundieron hasta la última hilacha en la desventurada ilusión de vivir a fin de aprender a morir,
o acorralados, se pegaron con desesperación infinita a la infinita agonía infinita de la familia pobre,
cayeron al abismo sin principio del vino de los borrachos desventurados, que es terrible, como ver pararse de repente un muerto encima de una bandera.

El terror colosal, corroído de masoquismo, el cual relincha y patea el corazón de Chile, como los caballos desamparados,
está cavando, bestial y sin remedio, a aquellos que lo perdieron todo, hasta el modo de andar y las categorías,
y las familias ensombrecidas y estupefactas que arañan la tristeza, la arañan como los condenados a fusilamiento, los filibusteros de antaño
o los derrotados en el amor;
matones del hambre, caínes del hambre, cabrones del hambre
o especuladores,

escarban la multitud macabra, aterrorizada, y como terribles sádicos
 de presa o poetastros degenerados o como carneros del Señor,
 venden el paquete del amor fraternal de las Naciones;
 ya no veremos más la bella aldea natal de los Palavecino, ni a don Teó-
 filo Andrade saboreando el 'botellón idolatrado en la Recoba de
 Ancud,
 ni los erizos gordos como tontos filarmónicos,
 regados con blanco entreseco del pipeño de Coelemu, entre los coigües
 de San Juan de la Cista adentro o abajo, cuando Winett ilumina-
 naba la existencia y la tornaba celestial,
 emergerá la inmortalidad de la naturaleza furiosa y rotunda
 y tornarán a cantar los pájaros enamorados de la bandera de la fronte-
 ra Austral,
 pero, estarán llorando las guitarras de ogaño;
 no, es menester triunfante, reconciliarse, armarse de sables solares en
 catres de clamante luto
 y dirigir la heroicidad contra la derrota del coraje,
 porque el hombre es una gran cadena de cataclismos que superaron su
 órbita.

Desde los hígados envenenados del monopolio y el latifundio
 insurge el insurgente económico, político o artístico, justo, equilibra-
 do, puro, vertical,
 pero, por adentro emergen, el asesino, el tráfuga, el desolado
 ser humano, el aterrado y el damnificado, el eterno vagabundo chileno,
 y las pilchas cósmicas le dan vergüenza a la República,
 a cuya oscura flor de desintegración calibra la desgracia.

El estado de alma del vacuno cuando lo van a degollar
 los hediondos y ensangrentados matarifes,
 el llanto del gallo matinal cuando están castrando o cuando están ma-
 tando los capones,
 el bramido colosal de las vacadas cuando ven sangre caliente,
 o cuando castigan un ternero, se escuchan al Sur, al Sur, al Sur troncha-
 do o caído como murallón de panteón,
 aterradoramente erguido y viejo, después de haber muerto.

III

BOSQUE DE CRUCES

Todo está como saliendo del cósmos primordial roto en la gran caí-
 da sobrehumana,
 y son trescientos años de explotación y expoliación del país sufriente y
 muriente escandalosamente,
 los que sacan la cara sangrienta en los damnificados,
 es la patada del patrón al peón y a la desventurada flor del inquilinaje:

el enjuiciamiento a la oligarquía y el latifundismo y el piojo
 nacional mordiendo el pecho del Gobierno.
 Sobre el pobre y desecho hogar, ratones y fantasmas, recuerdos y fan-
 tasmas, ladrones y fantasmas se pasean lúgubrementemente
 la criatura ensangrentada acusa, desnuda, insulta a la Dictadura de las
 Sepulturas, llorando,
 y la masacre de sangre de la inmólación tremenda aplasta las humildes
 vidas silvestres y avanza sobre las aldeas y las escuelas;
 la burocracia metropolitana escarba los viejos decretos hechos de escu-
 pos y sangre
 y va a pasear la insensibilidad funcional y las rentas inmensas sobre el
 enorme terror desparramado de naufragos, y la cólera roja de
 los asesinados, cadáveres de catástrofe,
 vestidos de eternidad,
 agrupan el dolor al dolor del dolor y un montón de dolor humea como
 un basural a la humedad terrible que desprende derrumbán-
 dose la gran desgracia,
 niños y perros arañan la basura;
 los ladrones y los ratones, los ladrones y los ratones, los ladrones y los
 ratones,
 y el hambre gigante, la miseria
 arrastra la culebra del horror sobre las poblaciones en inmisericorde
 aluvión naufragas,
 un zapato muerto aulla en la soledad
 como un perro, como un ataúd, como un viento tremendo del inmen-
 so mar del terremoto,
 como la última muela del fracaso y del escarnio del hombre;
 tinterrillo y policías del desorden armado,
 se persiguen furiosamente en las tinieblas y arrancan las frazadas de la
 depredación,
 un kiltro y un roto empuñan la dignidad republicana,
 la bandera negra del sol catastrófico patea las carnes obreras y un cam-
 pesinado,
 arrasado, asesinado, aplastado se abraza a un proletariado en batalla;
 ¿es posible que nos dejemos saltar en las tinieblas por la gran águila
 oligárquica que tiene enormes ojos de fuego,
 que al impacto social de los patrones contesten los peones con el som-
 brerito del pobrecito vecinal templando como un amargo pájaro ma-
 cabro? . . .

Por la estupenda desolación absoluta,
 ronda el buitre terrible y negro alimentándose de calamidades y los
 funcionarios horrorosamente congelados, durmiendo años de
 años en su gran caja de sardinas, muertos,
 el mentecato sacristán caliente con la bragueta desabrochada,
 el negociante atroz, el comerciante que tiene mujeres de piedra en su
 enorme fábrica de cuernos,

la rata cebada de putrefacciones como un mal poeta,
 y el tonto turista, masoquista, oportunista que se divierte mirando ago-
 nizar la soledad en los crepúsculos tremendos,
 azotándose contra la sombra,
 o el poetastro infinitamente renegado, infinitamente mercenario e in-
 finitamente amarillo, amarillamente amarillo e infinitamente
 amarillo,
 emergiendo del contubernio.

A caballo en su negra mula roja,
 deriva el sol bramando sobre los pueblos desechos como sombreros pa-
 téados,
 y el aullido del cataclismo se levanta;
 el pulso nacional color temblor, color dolor, color horror está temblan-
 do y temblando gravita en la patología,
 solo y como un coloso al cual degüellan,
 y cuando yo ando los caminos de antaño en los que la pajarería provin-
 cial-departamental jugaba con los niños hambrientos y reía la pe-
 dagogía elemental,
 una gran lluvia oscura me azota las entrañas,
 y entra el invierno de los torreones caídos con deshojamiento de esque-
 letos y cementerios;
 emigran los pájaros, y los martillos y los serruchos se hicieron soledad,
 mi sombra y yo parados somos un solo funeral llorando lágrimas de ace-
 ro con viento, y por adentro
 una asamblea de banderas rotas: *tú*,
 arriba, el cielo afila la cuchilla en su gran azul infantil;
 asoman galopando los cuatro caballos del apocalipsis desde el Poniente.

Un patrón vecinal, un siútico y un académico orinan las cenizas ado-
 loridas, riéndose,
 y, como los "fantasmas" se robaron los regalos y las mamaderas de las
 criaturas,
 trescientos, cuatrocientos, quinientos mil cuervos escriben a máquina
 encima de las ruinas.

Pero, por adentro de adentro y por abajo, la raíz popular de la raza
 llagada ejecuta una sinfonía de Beethoven con la miseria
 y se levanta de la cama del dolor, acorazada de dolor, que es el coraje del
 valiente,
 y el roto herido como un buey a picanazos y a latigazos de explotación,
 se yergue, emerge de entre laureles desgarrados y arrecidos hogares,
 y clava la lanza de su convicción inocente e increíble en la belleza de la
 existencia,
 dichoso de sentirse hombre.

En terrores e incertidumbres se desplaza la vida humana,
milenio a milenio se escalonan las esperanzas en los pueblos terrosos y
encadenados, en los que el copretérito bornea sus fantasmas
y sus vacunos sin asunto en el gran crepúsculo,
pero el pueblo es eterno y tremendo como la muerte o Cuba luchando.

Volverán a brillar las ciudades como cadenas de oro en la ancha auro-
ra,
y el olor a pan provincial, cocido en follaje de espino, por hornos aden-
tro tremendamente ardiendo y como rugiendo, alzará la figura
en las tinieblas,
la mujer obrera lavará la camisa del marido y aplanchándola cantará
canciones de Chile,
y cuando yo levante muerto el índice desconcertante que remece tre-
mendamente los sepulcros, conmoviendo los cementerios,
y unamos esqueleto con esqueleto en el único amor que existe, la anti-
gua alegría del mundo reirá encima de nosotros . . .